

## José Eduardo Agualusa – *O vendedor de passados*

*Rio de Janeiro: Gryphus, 2004.*

Francismar Ramírez Barreto

No es una lagartija cualquiera la narradora de *O vendedor de passados*, del escritor angolano José Eduardo Agualusa. Es extraño que a un animal se le confiera el timón de una historia (uno de los ejemplos más recientes es *Mister Bones*, el perro que cuenta *Tombuctú*, la novela de Paul Auster). Aún más extraño es que el mando se deje en “manos” de una lagartija, un animal tan (aparentemente) insignificante. Lo más curioso de la escogencia, sin embargo, es que esta salamanquesa-tigre reencarna el espíritu y el curtido verbo de Jorge Luis Borges. Se llama Eulálio, ama las palabras antiguas (como su musa), entiende que el coraje no es contagioso y el miedo sí, y asume que la vida está en constante mutación. La escogencia está tan justificada, que el epígrafe del libro explica la coincidencia de manos del propio Borges: “Si tuviese que nacer otra vez escogería algo totalmente diferente. Me gustaría ser noruego. Tal vez persa. Uruguayo no, porque sería como cambiar de barrio”.

José Eduardo Agualusa esgrimió (durante su visita a la UnB, en abril de 2005)<sup>1</sup> las tres razones para optar por la salamanquesa: en primer lugar es sinónimo de infancia, de tiempo feliz; en segundo lugar, su vista panorámica ofrece una perspectiva cómoda para contar y, por último, el pequeño animal (común en Portugal y en las riberas del Mediterráneo Occidental) es, en efecto, una reencarnación del escritor argentino. Por encima de Borges y del reelaborado juego de dobles (la memoria de la lagartija versus el constructor de pasados), la novela pareciera tener dos líneas cristalinas: la conexión con América Latina, en sus referencias fijas (Río de Janeiro, el Pantanal de Mato Grosso, Gabriel García Márquez) como en las discursivas, y la tentativa de conectar tres continentes a través de Angola.

En la novela, Félix Ventura reconstruye pasados, biografías. Vive de ellas. Pero no a la manera vil del falsificador, ni del traficante de memorias. Él fabrica sueños, pinta árboles genealógicos. José Buchmann

---

<sup>1</sup> Como recuerda la profesora Elizabeth Hazin, docente de la Universidad de Brasilia.

encarna el “cliente” en torno al cual se teje la trama. Es un reportero gráfico dispuesto a pagar lo necesario para forjarse un pasado cien por ciento angoleño (una elección, por cierto, nada ingenua). Uno de los más lúcidos enlaces con América Latina se muestra pronto, en el segundo capítulo del libro, “La casa”. La salamanquesa dice que la casa vive, que respira, ella la oye suspirar toda la noche: “Las largas paredes de adobe y madera están siempre frescas, incluso cuando, en pleno mediodía, el sol silencia los pájaros, azota los árboles, derrite el asfalto... Siento, si las abrazo, un corazón pulsar. Será el mío. Será el de la casa. Poco importa. Me hace bien. Me transmite seguridad” (p. 9).

En el cuento “Casa tomada”, Julio Cortázar sienta un precedente cuando le adjudica a una casa rasgos rotundamente tiránicos. A diferencia de la cálida morada de Agualusa, la casa de Cortázar es déspota y se apropia de los espacios hasta que arroja a la calle a la pareja de huéspedes (en el cuento nadie se pregunta quién está tomando la casa y al final los personajes se marchan con el deseo de que ningún pobre diablo entre a robar). La casa de Agualusa respira y da calor a una empleada (la Vieja Esperanza o Esperanza Job Sapalalo, quien sobrevivió a una masacre en 1992 y ahora se cree inmortal) que barre, plancha, le quita el polvo a los libros, cocina y lava la ropa, con un nietecito a cuestas.

### **El mundo. La vida**

Río de Janeiro. Luanda. La música cubana. Un oficial de la marina portuguesa. Huambo. Mickhail Bakunine. Namibia. Bruce Chatwin. Un príncipe congolés. Nueva York. París. Gabela. Boston. Belo Horizonte. El Vaticano. Pakistán. China. La India. Eça de Queirós. Las fugas de Bach. No es mero cosmopolitismo. Cada centímetro de estos confines (algunos enunciados sentimentalmente, como la música cubana o las fugas de Bach), habla de un escritor-viajero. De un peregrino inquieto que, a cada paso, ensaya una identidad. En el fondo, la memoria que parece reconstruirse en la novela de Agualusa es realmente la del espíritu angoleño. ¿Por qué (si no) José Buchmann habría de encomendar un pasado cien por ciento africano? ¿Por qué (si no) las referencias al campo minado en que se convirtió este país después de casi tres décadas de guerra? Aunque el autor busque afirmar una identidad – o por lo menos indagarla –, hincar el diente en el veneno de los problemas no es su objetivo. No tapar el sol con un dedo, tal vez sí: “Nadie sabe, a ciencia cierta, cuántas minas fueron

enterradas en el suelo de Angola. Entre diez y veinte millones. Probablemente hay más minas que angolanos” (p. 11).

Otro personaje, Ângela Lúcia, coloca al lector en posición de deleite. Una mujer de 28 años, hija única, morena y con el cabello trenzado. El día que Félix y ella se conocen, Ventura habla de su pasado. Entre los recortes de prensa y las fotos montadas, comienzan las preguntas: ¿será la vida del inventor un artificio? Ângela Lúcia es fotógrafa, aprecia las paradojas y colecciona luces: “En Lisboa, al final de la primavera se curva alucinada sobre el caserío... En Río de Janeiro, en aquella estación intuitiva que los cariocas llaman otoño... la luz se torna más blanda. En la floresta de Taman Negara, en Malasia, la luz es una materia fluida, que se cuela por la piel y tiene sabor y olor” (p. 54). Y por el camino del claroscuro se pierde el personaje del clímax, mientras el universo restante de la novela invierte el tiempo en un juego de imitaciones donde al tiempo se deja de saber, con exactitud, quién inventó a quién. Quién es invento de quién. Qué es invento y qué no.

En cierto punto de *O vendedor de passados*, los conceptos de verdad y mentira quedan tapiados por el sabor de la propia historia. En el tercero de los cinco sueños que se intercalan entre los capítulos, 32 en total, el inventor se arriesga a elaborar enunciados propios del campo literario: “Miento con alegría. La literatura es la manera que un verdadero mentiroso tiene para hacerse aceptar socialmente” (p. 75). Más adelante, el tema de la realidad es retomado para hablar del mundo (de la realidad) como un terreno tan doloroso que hiere, aunque por momentos parezca un sueño.

¿Cuál, a ciencia cierta, es la patria que afirma Aqualusa? ¿Es la identidad africana o es – más ampliamente – la de la comunidad lusófona en el mundo? ¿Es la memoria, la imitación, la realidad, la mentira? ¿Es América Latina o son las infelices coincidencias tercermundistas de ambos continentes? Europa, África y América se articulan en una encrucijada, en la posibilidad de encuentro que la sangre de un escritor de ancestros portugueses (por el lado materno) y brasileños (por el lado paterno) saca a flote. Un autor que nació en el planalto central de Angola (en Huambo), que a los 17 años se fue a vivir a Lisboa y que hoy celebra el pueblo brasileño, a Machado de Assis y a Cruz e Sousa. Agua-lusa. Un apellido que sugiere la infinitud de una patria asombrosa: la literatura en lengua portuguesa.